

aquellos que proceden de buena fe y sin preveniciones contra la Religión, se vieron más de una vez, y aun hoy no sería difícil que se repitiera el caso, en presencia de teólogos que, inspirados por manuales de teología y de exégesis calcados en los antiguos moldes, y considerando á éstos como la última palabra de la ciencia, rechazaban *a priori* determinados descubrimientos, datos y conclusiones de las ciencias físicas y naturales, sin más razón ni prueba que la pretendida oposición de aquéllos á la interpretación más ó menos autorizada, pero no cierta, ni menos dogmática é infalible, de algún texto de la Biblia. Semejante conducta está en contradicción, no ya sólo con los consejos y máximas de los Padres y de los teólogos más autorizados, sino hasta con la parsimonia y circunspección que observamos en la misma Biblia, cuando se tocan en ella problemas, pertenecientes á las ciencias humanas, cuya solución Dios dejó libre á las investigaciones del hombre, como entregó el mundo á sus disputas. Pero el inconveniente más grave que consigo lleva la conducta de los teólogos y exégetas aludidos, es el peligro de alejar más y más de la fe y religión cristiana á los hombres de ciencia, como es natural y lógico que suceda, según la observación de San Agustín y Santo Tomás, cuando en nombre de la Biblia se rechazan y condenan datos y conclusiones de indiscutible verdad, siendo causa, ú ocasión al menos, de que sabios, amantes sinceros de la verdad, miren, si no con menosprecio, con recelo y desconfianza las enseñanzas bíblicas.

Este desacierto en ninguna otra parte ha sido tan frecuente ni tan desastroso como en lo tocante á las teorías evolucionistas. Por eso, para remediar estos males, para deshacer un engaño tan funesto, para desvanecer

aquí esos pretendidos conflictos, origen de tanto escándalo, es preciso ante todo tener ideas muy claras de lo que es y de lo que enseña la evolución como teoría verdaderamente científica, para distinguirlo bien de lo que no es otra cosa más que dogmatismo sectario; y por otra parte, de lo que enseña la fe con respecto á la cuestión, para distinguirlo también de lo que no pasa de una simple opinión privada, ó quizá de un prejuicio vulgar. Disipada así la confusión, aclaradas las ideas, basta un poco de buena voluntad para ver que, entre la verdad científica y la verdad religiosa, la armonía se establece por sí sola.

**§ V. El evolucionismo y la apologética.—Prestigio de la evolución.—Los apologistas tímidos y los prudentes: aplausos y odios de los incrédulos.—Los abusos y su valor.—El proceder más acertado.—Presunciones favorables: preveniciones.**

Descendiendo ahora á tratar de las teorías evolucionistas, que son las dominantes y características de nuestra época, veamos cuáles son sus relaciones con la apologética y con la filosofía cristiana.

¿Qué deben hacer los filósofos creyentes, y en especial los que se precian de fieles discípulos del Angélico Doctor, en presencia de las nuevas y seductoras teorías comprendidas bajo la palabra *evolución*? La respuesta, después de lo dicho en los precedentes párrafos es bien fácil. Lo que Santo Tomás con la filosofía peripatética, dominante en su siglo, eso mismo debemos hacer con la evolución, que es la gran filosofía, ó, si se

quiere, el gran error de estos tiempos. Entre la época del Santo Doctor y la nuestra, bajo el aspecto doctrinal, hay una semejanza manifiesta. Así como en el fondo de las grandes cuestiones del siglo XIII palpitaba la filosofía del Estagirita, y el nombre del *Filósofo* era el traído y llevado para autorizar cualesquiera doctrinas; así hoy en el fondo de todas las grandes cuestiones palpita la evolución (1), y el nombre de Darwin idolatrado de unos, maldecido de otros, y por muchos oído y pronunciado con recelo, suena por doquiera, como si hubiese venido á reemplazar al de Aristóteles. ¿Por qué, pues, no haremos hoy lo que Santo Tomás en un caso tan análogo al nuestro?

Bajo la palabra *evolución* se encubren muchos errores. Desde que Darwin puso la evolución á la orden del día, no han cesado los incrédulos de celebrarla como la mayor conquista científica, como la condenación inapelable de las causas finales, de la Providencia, de la creación, del orden sobrenatural, y, en una palabra, de

(1) "Hoy tenemos, decía el P. Zahm en un Congreso católico, no sólo una filosofía de la evolución, sino filosofías y aun teologías evolucionistas. La mayor parte de los escritores contemporáneos aceptan hoy la evolución como un hecho demostrado: sus obras están escritas á la luz que la evolución parece derramar á torrentes sobre todas las ramas de los conocimientos sagrados y profanos. Á pesar de ser ya tan grande el número de los adictos á la teoría evolucionista, ese número se acrecienta aún diariamente con una rapidez que desconcierta la inteligencia. El espíritu de evolución es universal; su influencia no solamente se insinúa, sino que domina ya en todos los departamentos del pensamiento. El espíritu de evolución es el espíritu de la ciencia moderna... Esta influencia se manifiesta de una manera especial en las obras de los autores no católicos; pero en el campo de los mismos católicos, naturalmente más conservadores, el efecto es visible y á veces sorprendente...—R. P. Zahm, C. S. C. *De la nécessité de développer les études scientifiques dans les Séminaires ecclésiastiques*. Conferencia dada en Bruselas en el tercer Congreso católico internacional, 7 de Septiembre 1894.—V. *R. des Quest. Scient.* Octubre, 1894, p. 406. Véase también, en la misma Revista, Enero, 1889, p. 105, á J. d'Estienne, *Le Transf. et la discussion. livre*.

todo agente superior á la materia (1). La evolución todo lo convierte en deslumbrador y científico, todo lo hace de moda, todo lo encubre y todo lo cohonesto. ¿Deberemos por esto rechazarla sin detenido examen, y condenarla como incompatible con el dogma?

No así procedió Santo Tomás en el referido caso, ni hoy así procedería, si levantara la cabeza y viera los estragos que con su prestigio causan las doctrinas evolucionistas. De fijo, no se contentaba con lanzar contra ellas anatemas *a priori*; sino que proclamaría la necesidad de analizarlas con calma, para convertirlas en

(1) Vogt no vacila en afirmar descaradamente (*Leçons sur l'homme*, página 599): "No se puede dudar ni por un momento acerca de las consecuencias del darwinismo; éstas, para cierto partido, son terribles; pues no cabe duda que la teoría de Darwin despidió al Creador personal, con su intervención alternativa en las transformaciones de la creación y en la aparición de las especies; no deja el menor lugar á la acción de semejante ser."

"Los librepensadores, escribe Quatrefoes (*Darwin et ses précurseurs*, 2.<sup>a</sup> ed. p. 1 y 2; *Les Émules de Darwin*, t. I, p. 7 y sig.) se apoderaron muy pronto de la teoría transformista, y se declararon únicos maestros de ella. Se esforzaron por establecer una solidaridad íntima entre sus doctrinas filosóficas y el transformismo, tal como cada uno de ellos lo comprende. Para formarse una idea de la intolerancia que en sus pretensiones tienen, bastará leer algunos escritos de Hæckel. —Y después de citar, como muestra, algunas palabras de este autor, añade: "Las mismas ideas, expresadas bajo una ó otra forma, en términos más ó menos suavizados, reaparecen todos los días en muchos escritos. Es difícil que estas declaraciones altaneras... no impresionen á ciertos ánimos, sobre todo á los de la juventud. ¿Quién ha de querer declararse soldado del error y de la decadencia?... Las aceptan con confianza y se colocan bajo la bandera en que brillan tantas palabras seductoras.—Por otra parte, muchas personas religiosas demasiado extrañas á las cosas de la ciencia, viendo que esas teorías son de continuo invocadas por sus adversarios, huyen de ellas con terror. Y creyendo también sin más examen cuanto oyen decir, no ven sino invenciones diabólicas en esas doctrinas que se les dicen son incompatibles con sus amadas creencias."—Pues bien, unos y otros se engañan. El transformismo no tiene para con la filosofía ó el dogma otras relaciones, sino las que arbitrariamente se establecen... Se puede ser librepensador, y rechazar el transformismo, y se puede ser persona religiosa, y abrazar una ó otra de las teorías comprendidas bajo aquella denominación...—En prueba de esto, el autor cita ejemplos bien convincentes de librepensadores, tan refinados como enemigos del transformismo, y de creyentes sinceros, muy adictos al sistema.

amigas de la Religión y de la verdadera ciencia (1). Esto es lo que aconseja la prudencia. Porque, si tanto daño hacen las teorías evolucionistas, es por lo mucho bueno que en sí encierran, que sólo esto es capaz de volverlas tan poderosas. Si de tanto prestigio gozan, de tanto atractivo, es por el gran fondo de verdad que contienen. Estremecerse, pues, y vacilar, como algunos tímidos apolo- gistas (2), é invocar la fe contra la evolución, como si

(1) \*No es fácil afinar, escribe Balmes (*El Protestantismo*, 6.<sup>a</sup> ed. t. IV, cap. 71, p. 180 y sigs.), á qué extremo habrían llegado las cosas, y los males que en diferentes sentidos hubieran sobrevenido, si la Providencia, que no descuida jamás el orden físico ni el moral del universo, no hubiera hecho nacer un genio extraordinario que, levantándose á inmensa altura sobre los hombres de su siglo, desembrullase aquel caos; y cercenando, añadiendo, ilustrando, clasificando, sacase de aquella indigesta mole un cuerpo de verdadera ciencia.... Hablo de Santo Tomás de Aquino....

«Qué era la filosofía de su tiempo? La dialéctica, la metafísica, la moral, á dónde hubieran ido á parar, en medio de la torpe mezcla de filosofía griega, filosofía árabe, é ideas cristianas... Afortunadamente se presentó ese grande hombre; de un solo empuje hizo avanzar la ciencia en dos ó tres siglos; y ya que no pudo evitar el mal, al menos lo remedió...

\*Y este hombre era católico, y es venerado sobre los altares en la Iglesia católica; y sin embargo, su mente no se halló embarazada por la autoridad en materias de fe, y su espíritu campeó libremente por todos los ramos del saber, renunciando tal extensión y profundidad de conocimientos que parece un verdadero portento, atendida la época en que vivió... Emplea las doctrinas de Aristóteles, pero se advierte que se hubiera valido menos de ellas, y se habría ocupado más en el análisis de los santos Padres, si no hubiera seguido su idea capital que era *hacer servir para la defensa de la religión la filosofía de su tiempo*...

\*Lejos de contagiarse, decía á su vez Massillon (*Panegírico de Santo Tomás*) con el estudio de los autores profanos... nuestro Santo purifica aquellas fuentes sospechosas...; y con un arte del todo nuevo, hace que sirvan la mentira á la verdad, la filosofía á la fe, la superstición al culto verdadero, los despojos de Egipto á la construcción del Tabernáculo; en una palabra, cansarga las armas de los gigantes al Templo del Señor, después de haberlas empleado contra los Filisteos...

(2) \*El miedo que manifestamos con frecuencia, escribe J. d'Estienne (*La Transf. et la discussion libre*, en la *R. des Quest. scient.*, Abril, 1889, p. 379 y 380) al anunciarse nuevas teorías científicas, ya porque éstas desconciertan nuestras maneras habituales de pensar, ya porque parecen contradecir más ó menos á ciertas interpretaciones de la Sagrada Escritura hasta entonces admitidas; ó al menos la oposición sistemática, á veces acompañada de indignación

fe y evolución fuesen realidades opuestas, es hacer á la causa de la fe un malísimo servicio (1).

Nuestros adversarios no desean otra cosa. Para dispensarse de probar lo que nunca podrán probar, convienc á saber, que las doctrinas reveladas son opuestas á las verdades científicas, y muy particularmente á ciertas verdades que se admiten como incontrovertibles

mal disimulada, con que por los mismos motivos acogemos esos atrevimientos de la ciencia,—son en gran parte causa del éxito relativo que obtienen, en el seno del gran público, en contra de nuestras creencias.—En prueba de esto, trae el autor el testimonio de un distinguido naturalista que *no comparte nuestras creencias*, E. Blanchard, quien, en *La vie des êtres animés*, p. 194, entre otras cosas, dice que la indignación y el disgusto, que produjeron en los creyentes las exageraciones del transformismo avanzado al extenderse hasta el hombre, «eran todo lo mejor que podían desear los maliciosos inventores del origen del género humano».

\*Se daría menos fe, prosigue d'Estienne, á su pretendido poder contra nuestros dogmas, si, en vez de rechazar sistemáticamente esas innovaciones, nos tomásemos el trabajo de examinarlas, y después de haber discernido lo que en ellas hay de suficientemente científico, de lo que no es más que imaginación ó espíritu de partido, mostrásemos que en aquello que pueden tener de racional y legítimo, no tienen por qué conovernos.—Por otra parte, mala manera de defensa es la de proponer ilícito como objeción definitiva el solo hecho de que una teoría científica ha sido aceptada con entusiasmo por los materialistas y los librepensadores «como un sistema apropiado para arruinar la revelación y el dogma católico»; porque puede suceder, y sucede las más de las veces en efecto, que sea el abuso de la teoría propuesta, más bien que ella en sí misma, lo que tiende á atentar contra nuestras creencias. Nosotros diremos á este propósito con el Sr. Abate Arduin: «¿De qué cosa no se ha abusado siempre que se trató de atacar á la Iglesia?».

(1) \*Es preciso confesarlo, reconoce el P. Dierckx (*L'Homme-singe et les pré. d'Adam*, Bruselas, 1894, p. 6), la táctica no ha sido siempre la más feliz; más de una vez se ha resentido de las emociones de la primera impresión. Después que ha habido tiempo para reflexionar, la ciencia moderna ha sido acogida, no como enemiga, sino como aliada. En muchas cuestiones, los católicos de nuestros días están á la cabeza del progreso... A decir verdad, las vacilaciones pasadas se explican: ha sido forzoso abandonar ciertas opiniones corrientes que se identificaban sin razón con la doctrina revelada».

El ilustre Abate Boulay, á pesar de sus convicciones antitransformistas, reconoce (*La lutte pour la vie*, en la *Revue de Lille*, Febrero, 1898, p. 290 y siguientes) que, «los filósofos y los sabios adictos á las antiguas doctrinas cometieron en un principio la falta de rechazar el sistema en globo, confundiendo

dentro de la evolución ó transformismo, tienen un medio muy cómodo, que es apelar al testimonio de ciertos teólogos ó filósofos católicos, y hacer pasar por doctrina de la Iglesia lo que no es más que una opinión, un extravío, ó una imprudencia lamentable de un simple particular. Así, son muy frecuentes en ellos estas y otras frases análogas: «La evolución es la mayor conquista científica; y los teólogos la desechan en nombre de su

en una común reprobación las partes sólidas, capaces de resistir á sus esfuerzos y los errores de interpretación, que podrían refutar pronto. De ahí las confusiones é incertidumbres que tanto han durado.—Pero este tiempo pasó. Hoy somos testigos de una reacción en sentido contrario, cuyo desarrollo interesa. Mirando de cerca, se notó que la teoría de Darwin sobre el origen de las especies vegetales y animales es capaz de una interpretación *perfectamente ortodoxa*... Si se admite que la facultad de variar, y de variar sin límites, forma parte del plan de la creación, queda por el mismo hecho eliminada toda objeción del orden teológico».

El ilustre agustino, R. P. Zacarías Martínez, que es sin duda uno de los más competentes entre los pocos impugnadores actuales del transformismo, en sus interesantes *Estudios Biológicos* (p. 198 y sig.), que no pueden leerse sin verdadera fruición, por ser una lucida muestra de la altura científica á que va rayando el clero de España, reconoce, entre otras muchas cosas que sería largo consignar, lo siguiente: «Es forzoso confesar que la doctrina darwinista, desde su aparición, circuló por el mundo con la velocidad del rayo, electrizando una multitud de inteligencias cuyo número creció progresivamente, y forma hoy... un verdadero «reino humano-darwinista». La causa principal de difusión tan rápida se debió indudablemente, como dice Quatrefages, á los enemigos de las Iglesias ortodoxas... Wallace atribuye en gran parte la extensión rápida, en Inglaterra, de tan célebre doctrina, al católico Mivart.

«Toda cautela es poca en la refutación de las doctrinas transformistas y el que tenga valor para llevarla á cabo, enfrente del formidable ejército enemigo, debe deslindar bien los campos, aclarar los términos y demostrar la licitud de las armas con que combate... «Evolucionismo», «transformismo», y «darwinismo...» no deben confundirse... Siendo la última teoría falsa, podían no serlo las primeras; los hechos pueden ser ciertos, é imaginarias las causas con que se pretende explicarlos. El transformismo se concibe aun resultando inútil la selección natural...» «Puede ser cualquiera transformista, añade (p. 249), sin necesidad de admitir las doctrinas de Darwin...»

Veamos ahora qué concepto tiene el distinguido autor del sistema que trata de impugnar: «El transformismo, pregunta (p. 209), ¿es sólo un conjunto de hechos experimentalmente probados que nadie discute, ó es *quid* únicamente un

fe, la Iglesia la condena por boca de sus teólogos; á sus testimonios nos remitimos».—Y citando cualquier afirmación desautorizada ó temeraria de algún teólogo particular, concluyen con mucho aplomo que la fe ha sido y será siempre incompatible con la ciencia (1). De ahí que en su empeño de ponderar esa pretendida incompatibilidad de la fe con las nuevas doctrinas científicas, miren como buenos auxiliares á aquellos apologistas que, con imprudencia incalificable, les dan el trabajo ya hecho. Á esos procuran dedicarles alguna frase laudatoria, los celebran por su *franqueza*, que es como denominan aquella temeridad. En cambio, descargan todo el ímpetu de sus iras contra los que, procurando dejar la fe á un lado, para no comprometerla con las eternas disputas humanas, logran confundir, con las armas de la ciencia, los errores que se disfrazan con

*sistema razonado que explica mejor que ningún otro el origen de las formas orgánicas y aun del cuerpo del hombre, abriendo horizontes nuevos y luminosos á la ciencia?*

Aplaudiendo la franqueza é imparcialidad del docto agustino, confesamos, sin embargo, que en esta alternativa, nos extrañan las palabras que á continuación añade: «Establecida la cuestión así, no alcanzamos las razones por las que se concede tanto valor al transformismo... Pues creemos que un sistema que se encuentra en aquel caso, más merece ser aceptado que impugnado; y con tanta mayor razón, cuanto que, á juicio del mismo sabio (p. 216 y sig. 289 y 291), el sistema opuesto, no sólo es menos razonable, sino también imposible de comprobar é incapaz de explicar nada acerca del desarrollo y de la sucesiva aparición de los organismos.

El insigne polemista, Sr. Abate Hamard confiesa (*Science Catholique*, Febrero, 97, p. 267): «Tengo la convicción de que el transformismo es el más racional de los modos de creación. Sin embargo, siempre he añadido que, si es racional é *inofensivo* desde el punto de vista religioso, no por eso es precisamente científico...» Y aun en cuanto á esto, añade ya en seguida: «Quiero decir que la ciencia ofrece tantos argumentos en contra como en favor de ese sistema...» —Y si éste se atuviese únicamente á las edades geológicas, entonces, prosigue, «lo aceptaría gustoso, porque, lejos de excluir al Creador, reclama su intervención que podemos llamar *inescante*...»

(1) V. Huxley *L' Evolution et P' orig. des esp.*, p. 41, 125, 126, 313 y 341.

capa de ciencia; contra los que no condenan el transformismo á bulto, sino que se toman el trabajo de estudiarlo á fondo, de examinarlo despacio y á sangre fría, para distinguir lo real de lo fantástico, lo sólido de lo hipotético, lo verdadero de lo falso. Contra estos se indignan, y la indignación llega al colmo, cuando los ven que, apoderándose de lo verdadero y razonable de aquel sistema, con eso mismo refutan y confunden los errores y exageraciones del ultraevolucionismo. Entonces es ver á los hijos del mono, convertidos en energúmenos, y vomitar insultos, diatribas y sátiras, cuando no blasfemias. Entonces claman con todas sus fuerzas: «El transformismo es un todo que nos pertenece; ó rechazadlo todo, y quedaos con la Iglesia, ó adoptadlo por completo y pasad á nuestro partido; no se da medio; escoged entre la fe y la ciencia, entre *Dios y Baal* (1). Abrazado el transformismo, se debe llevar hasta sus últimas consecuencias; lo demás es cobardía y falta de lógica (2).—Y esas pretendidas consecuencias son la negación de todo lo sobrenatural.

Pero los buenos apologistas no se intimidan por el clamoreo de los adversarios: cuanto más indignados los ven, tanto más se reaniman, tanto más se convencen de que proceden con acierto. Firmes en sus sagradas creencias, están ciertos de que jamás una verdad científica, bien establecida, podrá resultar opuesta á la verdad revelada; porque el orden natural y el sobrenatural son dos manifestaciones de la Verdad Infinita. Si, pues, descubren en el transformismo cualquier verdad, siquiera sea parcial, se apresuran á admitirla seguros de que se podrá conciliar perfectamente con el dogma, y hasta

(1) Huxley, *Ibid.*, p. 128.—(2) Schmidt, *Descendance et darwin*. Paris, 1889, págs. VII y VIII.

contribuirá á ilustrarlo y confirmarlo, y de que, lejos de cohonestar los errores del sistema, servirá para condenarlos y desvanecerlos.

Cierto que las ideas evolucionistas, acariciadas, como luego veremos, por algunos Padres y por varios teólogos de la Edad Media, revivieron en los tiempos modernos con tendencias, en general, poco cristianas y conciliadoras, cuando no marcadamente hostiles, ateas y materialistas. Pero ¿quiere esto decir que tan lamentables abusos justifiquen la alarma y la aversión contra la evolución en sí misma considerada?—De ninguna manera. Á los que ven una prevención desfavorable para esa teoría en el «hecho de haber sido abrazada con entusiasmo por los materialistas y librepensadores del mundo entero, como á propósito para arruinar la revelación y el dogma», responde acertadamente el abate Arduin diciendo (1): «¿De qué no se ha abusado, siempre que se trató de atacar á la Iglesia? ¿Por ventura la historia del catolicismo no nos muestra, en todas las épocas, á los herejes retorciendo contra la verdad revelada la misma verdad disfrazada, desnaturalizada, falseada por los mismos procedimientos sofistas? Debemos acusar de tendencias materialistas, no á la doctrina de la evolución considerada en sí misma y objetivamente, sino tal cual la conciben y formulan nuestros enemigos, dándole caracteres que no le pertenecen esencialmente».

«Los que consideran la cuestión bajo su verdadero aspecto, añade el eminente apologista Duilhé (2), se sienten atraídos hacia ella, en vez de temerla, y presienten nuevos y brillantes triunfos para la verdad religiosa y filosófica».

(1) *La Religion en face de la science*, t. III, p. 435, 436.—(2) *Ob. cit.* p. 278.

«Bien sé, escribe el P. Zahm (1), que la evolución ha suscitado las iras y las sospechas de muchos, á causa de las ilaciones materialistas del espíritu anti-cristiano en que podría degenerar. Bien sé que ha sido proscrita y condenada al ostracismo, por haber sido abrazada de los defensores del agnosticismo, y aprobada por los fautores del ateísmo; sé que ha estado por muchos años envuelta en falsos sistemas de filosofía y obligada á pesar suyo á servir de escabel á los enemigos del nombre cristiano, para moverse como arma tan poderosa contra la Religión y la Iglesia, contra la moral y el libre albedrío, contra Dios y su Providencia, que rije y gobierna lo creado. ¡Oh! No se crea jamás que esto sólo basta para probar que la evolución se alza sobre bases falsas ó que carece del apoyo de la verdad. Precisamente porque la evolución rebosa en verdad, hasta el punto de servir para esclarecer innumerables hechos y fenómenos que no se podrían de otra manera explicar en ninguna teoría, es por lo que ha encontrado el favor universal, y ha estado empleada en diseminar tan abundantemente el error y hacer verosímiles las más perniciosas doctrinas. Estando así ya las cosas, urge el deber de poner en limpio la verdad, sacándola de la hediondez de su forzada y bastarda alianza, de demostrar que hay, á pesar de eso, un modo diverso de entender la evolución—el único en que debe ser entendida, si se apoya en bases racionales—un modo que hace utilísimos servicios á la causa de la ciencia y de la religión, lejos de contribuir á la propaganda de falsos sistemas acerca de la naturaleza y de Dios. En vez de ser el baluarte del monismo, del materialismo y del panteísmo, sea ella un poderoso propugnáculo de la fe y de la verdad eterna».

(1) *Evolutions*, p. 18.

Nada tenemos, pues, que temer, antes hay mucho que esperar de la evolución bien entendida. Lo temible son las tendencias perniciosas de los que abusan de ella; y desfigurándola y retorciéndola, la hacen servir en contra de la verdad (1), lo temible es la imprudencia

(1) Un darwinista tan declarado como el Sr. Echegaray, escribe (*La creación*, en la *Revista de España*, ts. 76 y 77): «No concibo ese tenaz empeño de presentar como ateista la doctrina de Darwin... ¡Qué importa que aquella demuestre por acciones puramente materiales, las transformaciones que han tenido las formas orgánicas, como la teoría de Laplace crea mundos de casi invisibles nebulosas! Siempre queda algo vago y misterioso que la ciencia no puede explicar, el origen del pensamiento, secreto que el hombre lleva consigo desde que nace hasta que la tumba recibe sus pobres restos y que todavía no ha podido descubrir...»

«Hasta los más fanáticos religiosos pueden ser partidarios de la teoría de Darwin, sobre las transformaciones de las formas orgánicas, sin temor de caer en el ateísmo.»

De una manera análoga se expresa otro avanzado darwinista español, el señor Fuertes Acevedo, quien añade (*El Darwinismo*, p. 3): «Podrá haber algunos materialistas que sean transformistas; pero los transformistas, no por serlo, son necesariamente materialistas.»

Lo mismo, en sustancia, vienen á decir muchos antitransformistas. El señor Reus y Bahamonde (*La Biología*, Madrid, 1879, p. 129) escribe: «Si el proceso de la historia moderna ha establecido alianzas más ó menos íntimas entre el darwinismo y el materialismo, la historia misma pondrá coto y correctivo á este error, y se verá, sea cualquiera la suerte de la doctrina de la evolución, que no lleva en sus principios esa señal que es causa de que tanto y tanto se la combata por sus consecuencias, sino que, por el contrario, tiene influencia y representación legítimas en las ciencias naturales, sin pretensión ninguna metafísica.»

Y el P. Valroger dice á su vez (*La Génesis des espèces*, p. 153): «Todo el éxito del darwinismo no sirvió para acrecentar el partido materialista; ni cedió tampoco en progresos del ateísmo.—Sin embargo, el fanatismo antireligioso contribuyó en gran parte al éxito del darwinismo. Este hecho no tiene nada de lógico; pero las pasiones no han tenido jamás ningún cuidado con la lógica... La mayor parte de estos hombres sólo tenían un pensamiento: «Esta hipótesis debe ser verdadera; porque es la única que tiene la ventaja de suprimir á Dios!... No tiene esa triste ventaja, pero ellos creyeron que la tenía, y eso les bastó.»

«Según Clemencia Royer (Pref. á la trad. de *l' Orig. des espèces*, p. XVII y siguientes) la doctrina de Darwin es esencialmente heterodoxa é «inconciliable no sólo con los textos del Antiguo Testamento hebreo, sino también con los dogmas que se han querido deducir del Testamento griego... En vano protesta Darwin que su sistema no es de ningún modo contrario á la idea divina... Su teoría es profunda é irremediablemente herética...» «Por suerte, falta mucho para que todos los darwinistas compartan este fanatismo anticristiano.»

de aquellos apologistas que, por aversión á toda novedad mala ó buena, dejan á los adversarios en pacífica posesión de aquello con que tanto nos pueden dañar.

Si siempre y en toda suerte de novedades fascinadoras han sido convenientes y aun necesarias esta serenidad de ánimo y esta amplitud de criterio, nunca ni en ninguna parte lo han sido más que ahora y en lo relativo á la evolución. Porque si es muy cierto que este sistema ha contado desde un principio con partidarios

\*En el fondo, añade el mismo ilustre impugnador del sistema (p. 196), la unión del darwinismo y del ateísmo es ilusoria; y los darwinistas ateos no son otra cosa sino buscaruidos disfrazados con trajes fraudulentamente quitados á todas las ciencias naturales..

\*La doctrina de la evolución y la de la creación (dice Naville al terminar su *Physique moderne*) no pueden reemplazarse; son teorías de órdenes diferentes, que no se refieren al mismo objeto. La primera expresa una ley de sucesión de fenómenos, la segunda afirma una causa. Admitir que la ley reemplace á la causa es un error metafísico. La teoría de la evolución no solamente no puede reemplazar á la doctrina de la creación, sino que, lejos de contradecirla, le presta firme apoyo. En efecto, pone el pensamiento en presencia de un punto de partida que exige otra causa á más de la antecedente sometido asimismo á la evolución. La creencia en Dios creador inspiró á los fundadores de la física moderna. Esta ciencia, estudiada en sus consecuencias filosóficas, confirma la doctrina que determinó tan alto vuelo..

No de muy distinta manera se expresa el furibundo librepensador Coulón, al reconocer que "para la muchedumbre del vulgo, el transformismo tiene por consecuencia la negación absoluta, científicamente demostrada, de la existencia de todo principio inmaterial. Esta conclusión es errónea.—El transformismo no es... materialista.. Es un sistema científico, y no puede ser otra cosa..—"No puede ser, añade, filósofo, porque no versa acerca de los hechos intelectuales y morales, sujetos únicamente á la observación de la conciencia. Menos aun es teológico, porque las relaciones de la creatura para con el Creador no pueden ser anuladas en una experiencia de laboratorio... Así el transformismo no puede remontarse hasta la causa del universo. Lo considera desde su nacimiento, pero su concepción es para él un misterio... Por consiguiente no puede ser causa de ruina para ningún dogma; porque la probidad más elemental consiste en aplicar á los demás las reglas cuya observancia exigimos para con nosotros mismos. Debemos, pues, reconocer que los argumentos teológicos no pueden tener por jueces sino á los teólogos; y los sabios, en cuanto hombres de laboratorio, ni son ni pueden ser teólogos..—Raimond Coulon, *Synthèse du Transformisme*, París, 1892, págs. 170, 174, 175, 178, 179.—"La creación por un Dios, añade

sinceros y convencidos que buscan sólo la verdad, también es indudable, como dejamos indicado, que la mayor parte de sus primeros fautores se han adherido á él únicamente por creerlo sinónimo de ateísmo.

Lo aprecian sólo como buena arma de partido para impugnar nuestros dogmas y para desterrar del mundo, si les fuera dado, el sacrosanto nombre de Dios; y el día en que esa arma les parezca ya inofensiva, la mirarán con desdén ó no se acordarán más de ella. Para esos, como reconoce el abate Farges, «ser evolucionista es lo mismo que ser anticlerical». Y añade este docto impugnador del evolucionismo (1): «Los ataques demasiado vivos y apasionados, hechos en nombre de la Biblia y de la Religión, han contribuido no poco á persuadir á los ignorantes de que la prueba de la evolución sería la ruina de la espiritualidad del alma y de la existencia de Dios. De ahí el aprecio y el entusiasmo de que es aún objeto ese sistema... El día en que se acabe de comprender que la hipótesis evolucionista,

otro avanzadísimo racionalista, E. Gayard (*Histoire du Monde, son évolution, etcétera* p. 93) es mucho más fácil de comprender que la creación del mundo por evolución. Puede concebirse que un hábil mecánico construya una máquina, pero no se puede concebir que la máquina se construya por sí misma... Si comprendemos el Universo mejor y de otra manera que nuestros antepasados, el misterio supremo parece tan impenetrable, porque todos nuestros descubrimientos, lejos de haber resuelto el problema, más bien parecen haberlo alejado, y todas las hipótesis modernas no nos dan la menor luz acerca del origen de esta materia cósmica. Y la formación de uno de estos átomos es más difícil de explicar que la formación de un planeta..

Sin embargo, como buen librepensador, no vacila en romper con toda lógica, y negar la creación diciendo (p. 117): "Si la evolución es verdadera, no hubo principio ni habrá fin, porque la palabra evolución es la negación del principio de cualquier cosa..—Pero, como advierte Maisonneuve, para que una cosa pueda experimentar la evolución, es preciso que exista, y esta existencia supone un principio, una creación. Así es que el mismo Gayard se ve forzado á reconocer: "La evolución no es el materialismo, ni el ateísmo. Esa doctrina es muy moral..

(1) *La Vie et l'Évolution des espèces*, 4.<sup>a</sup> ed. p. 256.

aunque llegase á ser probada, es incapaz de suprimir á Dios ó de arruinar la religión, y que ya es una máquina de guerra inofensiva contra el *clericalismo*, ese día se calmará el ciego entusiasmo por estas atrevidas novedades. Estas opiniones seductoras para la imaginación serán al fin juzgadas por la razón y la ciencia con más sangre fría y justicia; entonces quizá sean apreciadas de una manera diametralmente opuesta. Este cambio comienza á realizarse en muchos espíritus; no lo impidamos, pues, con inoportunas discusiones religiosas».

De ahí resulta que, para dejar desarmados y desorientados á nuestros enemigos que abusan de la evolución, no habría medio más á propósito que aceptarla en todo aquello que tiene de inocente y de razonable (1); por el contrario, impugnarla obstinadamente es auxiliarles y darles armas.

Y de ahí la necesidad imprescindible en que nos hallamos de no invocar nuestra fe donde evidentemente no se vea comprometida; de no impugnar la nueva doctrina en todo lo que tiene de libre, sin antes reconocer la libertad de discusión que nos concede la Iglesia, sin protestar que se la impugna únicamente con las armas de la ciencia y de la razón, y que, triunfe un sistema ó el opuesto, la fe no tiene que temer nada.

Por eso todos los buenos apologistas de la actualidad, por refractarios que sean al evolucionismo, tienen ya esa precaución, y no se atreven á impugnarlo, sin antes hacer constar que, en sí mismo considerado, no

(2) «La evolución teísta, dice el ilustre autor de *Biblia, Ciencia y Fe*, lejos de ser contraria á la fe, está más bien confirmada tanto por la narración del Génesis, cuanto por las más venerables fuentes filosóficas y teológicas de la Iglesia... Zahm, *Evoluzione e dogma*, p. 255.

tiene nada peligroso, que el peligro sólo puede estar en las tendencias de sus partidarios sistemáticos, en las exigencias extrañas, en las consecuencias antilógicas que de él se pretenden deducir. Esto es ya doctrina corriente, según veremos en el Libro 2.º donde tratamos por extenso la cuestión de la ortodoxia (1).

(1) No tenemos, pues, por qué consignar ahora los testimonios en pro de la ortodoxia de la evolución, dados por los mismos exégetas y apologistas que permanecen aún refractarios al nuevo sistema. Baste citar aquí tres: uno reciente del Padre Dierckx, que en sustancia los resume todos: «Las opiniones de los católicos, escribe este docto jesuita (*L'Homme-singe*, p. 85) divergen cuando se trata de determinar el grado de la intervención de Dios en la creación. ¿Formó Dios cada tipo específico en particular? ¿La vida fue dada al principio á una forma primitiva única, ó á un pequeño número de formas?—La ciencia sola puede resolver la cuestión, y el dogma cristiano de ningún modo se ve ahí comprometido. Según toda apariencia, se debe decir oiro tanto de ciertas hipótesis más ó menos recientes, destinadas, en la intención de sus autores, á poner el relato de la creación de Adán y de Eva en armonía con los descubrimientos de la arqueología prehistórica...».

Otro testimonio es del P. Zeferino, quien, hace ya muchos años, escribía (*Filosofía elemental*, Madrid, 1881, t. II, p. 306): «Lo que en el darwinismo se opone al dogma revelado son las aplicaciones ateo-materialistas, pero anticientíficas, que deducen algunos contra las leyes generales de la lógica y las especiales de la inducción, ora sacando conclusiones que no están contenidas en las premisas, ora presentando como hechos adquiridos á la ciencia, meras conjeturas más ó menos arbitrarias. Aquí, como en tantas otras cuestiones, la razón y la fe aconsejan de consuno *evitar extremos y exageraciones*. No debemos dejarnos seducir por la gárrula palabrería de la ciencia humana, ó que se presenta como tal, pero tampoco debemos negarle sus *legítimos derechos*, ni cerrar sus horizontes, so pretexto de interpretaciones bíblicas y de ideas religiosas que *distan mucho de ser dogmáticas*...».

Y el P. Valroger decía ya en 1873 (*La Genèse des espèces*, p. 32, 33):

«La hipótesis de la multiplicación de las especies vegetales y animales por transformaciones divergentes, puede también conciliarse con el texto del Génesis y la tradición católica... Los ingenios investigadores son libres para buscar científicamente la verdad sobre estos oscuros problemas que la autoridad religiosa no ha definido jamás. La más severa ortodoxia concede á los naturalistas inmensos períodos en que pueden esplayarse todas las conjeturas sobre la historia de las especies en los tiempos prehistóricos.—Se ha dicho muchas veces, y aun se ha hecho creer á ciertos espíritus que se tienen por fuertes, que las hipótesis transformistas son para la ortodoxia un enemigo formidable... Pero nada hay que impida conciliarlas con nuestras santas Escrituras y nuestras tradiciones religiosas. Basta para esto explicárlas con una libertad de espíritu que nadie tiene derecho á negarnos...».



No es pequeño este paso de reconocer lo inofensivo del sistema; esto era una necesidad, y ya está plenamente realizada. Pero si con sólo eso se deja desarmados á los enemigos sistemáticos, la prudencia aconseja pasar adelante, y utilizar esas armas que á ellos les van resultando inútiles y que á nosotros podrían servir de mucho para acabar de confundirlos; pues con nada se podrán impugnar mejor las exigencias absurdas de los ultraevolucionistas que con los mismos principios que ellos admiten y que, aun cuando no sean del todo ciertos, pueden ser muy razonables y constituir poderosos argumentos *ad hominem*, que no tengan réplica. Si con mostrarnos indiferentes é impasibles á lo que es de suyo inocente, los dejamos ya desarmados, con apropiárnoslo y hacerlo servir contraproducentes, no podrán menos de dejarnos dueños del campo.

Verdad es que, á juicio de muchos y excelentes apologistas, el evolucionismo, si no es antirreligioso, es antirracional y anticientífico, y, por lo tanto, digno de ser impugnado, aunque sólo con las armas de la razón y la ciencia. A los que así creen proceder, no tenemos por qué censurarlos; usan legítimamente de su libertad en discutir lo que está sujeto á la libre discusión. Pero no vacilaremos en decir que, aun cuando procedan con la mejor buena fe, están en gran parte equivocados, y que muchas de las que les parecen razones no son más que prevenciones. Si examinaran la cuestión á fondo y á sangre fría, prescindiendo de todo prejuicio vulgar y de toda convicción infundada, les pasaría probablemente lo que nos ha pasado á nosotros: empezarian á ver las cosas de muy distinta manera.

Por de pronto, es indudable que el transformismo ha producido una verdadera revolución en todas las

ramas de las ciencias naturales, ha sido el punto de partida de nuevos y portentosos descubrimientos y ha esclarecido con vivísima luz muchos problemas transcendentes, de todo punto insolubles en cualquier otra teoría. De ahí que esté hoy ya tan en boga en el mundo científico, que domine en todas las ramas de la ciencia y á todas les dé vida, y que sea tenido en tanto aprecio aun por los naturalistas más ilustres y más sinceros amantes de la verdad. De ahí, en fin, que de día en día vaya ganando más prosélitos entre los sabios creyentes, los cuales, lejos de considerarlo ya como enemigo, lo van reconociendo como auxiliar poderoso, como un sistema que, en vez de perjudicar á la religión, la ilustra con nueva luz, nos da una idea más elevada de las perfecciones divinas, y esclarece numerosos pasajes de los Libros santos. Tan cierto es esto, que aun muchos de los católicos que no se atreven á aceptarlo y creen deber rechazarlo como poco científico, confiesan paladinamente que se alegrarían de que al fin resultase cierto, por ser un sistema más noble y *más religioso* que el contrario (1).

Pero este es el primer paso, y no se tardará en dar el segundo. Día vendrá, y no se hará esperar mucho, en que se reconozca unánimemente el nuevo sistema como más científico y más razonable, y se le emplee con éxito en defensa de la Religión, y cause á uno maravilla el ver cómo ha podido ser desechado y no abrazado con ardor desde un principio.

Los que se quedan en medio del camino, ciertamente que no se han desnudado aún de toda ciega prevención. Si llegaron, con no poco esfuerzo, porque la necesidad les obligaba, á no mirar ya la nueva doctrina como

(1) V. entre otros al P. Delseaux, S. J. *Les Ecrites philos. de Tyndall*, p. 61.

peligrosa, la aversión arraigada que le han tenido les obliga á mirarla como gratuita, y á buscar, para impugnarla, razones donde no las hay. Lo repetimos, porque este es el punto culminante: el verdadero enemigo de la evolución no es la fe, no es la ciencia, no es la razón, es la prevención; el día en que ésta se desvanezca, como tiene que desvanecerse, la evolución será aceptada con tanto ardor, como lo es hoy la rotación de la tierra y la creación en días-épocas (1). Por eso vemos que el elemento joven, menos expuesto á prevenciones, es en general transformista, y que sólo quedan en el partido contrario, entre los hombres de ciencia, unos cuantos veteranos que no se deciden á abandonar al fin las ideas que han venido acariando toda su vida.

(1) Una de las principales causas de la prevención reinante y de lo muy distintas que suelen ser las apreciaciones de la nueva doctrina, es la confusión intentada ó inadvertida del darwinismo con el evolucionismo. Pero, como dice muy bien el P. Zahm (*Ob. cit.*, p. 176): "Darwinismo y evolución distan mucho de ser sinónimos, por más que con tanta frecuencia se les siga tomando hasta ahora como tales. El darwinismo no es otra cosa más que una de las múltiples tentativas para explicar el *modus operandi* de la evolución: ¡cuántos no lo deberían saber! De esta confusión, nacida de ideas preconcebidas, resultaba que, á juicio de la generalidad de los lectores, todas las objeciones opuestas al darwinismo se lanzaban contra la evolución, y vice-versa. Y lo peor era que, en medio del calor de la controversia sobre estos asuntos, se echaba de menos muchas veces el conocimiento de la doctrina de la Iglesia, si es que no se la ignoraba por completo! He ahí la razón principal del *odium theologicum* y del *odium scientificum* que tanto han prevalecido en la literatura religiosa y científica de este último trecentio."

§ VI. Nuestro cambio.—El apasionamiento y la calma.—Polvareda levantada por Darwin.—Nuestras prevenciones.—Grandeza de Dios á través de la evolución: la especie metafísica y la orgánica.—Ventajas de un sistema armonizador.—Obstáculos y temores.—Las tres fases de los grandes descubrimientos: lecciones de lo pasado.—Oportunidad de la defensa: estímulos y contrariedades: el justo medio.

Suele decirse que la discusión hace la luz; pero mejor diríamos que la luz es incompatible con el calor de la discusión. En la discusión acalorada, la pasión ocupa el puesto de la razón, la cual va ciega en manos de aquélla á descubrir dificultades donde no existen, á dar soluciones extremadas y, por lo mismo, distantes de la verdad. En la discusión, se suscitan y agitan muchas cuestiones; pero sólo se resuelven en la calma. Disipadas las tinieblas de la pasión, se disipan los fantásticos espectros; la luz de la razón brilla pura, y muestra la realidad de las cosas.

Todo el mundo sabe la inmensa polvareda levantada por el transformismo; pocas habrá habido semejantes en la historia de la ciencia. El libro de Darwin sobre el *Origen de las especies* produjo una explosión que resonó en todo el orbe; y en seguida todos los hombres de ciencia entraron en un periodo de agitación inaudita (1). Aquel libro, para muchos, era la gran obra de

(1) Sólo en España, en 1883 ascendían ya á unos cincuenta y cinco los autores que habían escrito más ó menos extensamente en pro ó en contra de Darwin, según la receta que de ellos hace D. Máximo Fuertes Acevedo (*El*